

Los Libros

“LA TRAGEDIA DEL ALTO AMAZONAS”, por *Miguel Perrin*. Editorial Zig-Zag.

El autor es un francés, poco mayor de 40 años, que se va al Perú para explorar el Alto Amazonas. Hay pocas razones tangibles y prácticas que justifiquen la expedición de un aventurero. La abundancia de exploradores franceses por las tierras más inhóspitas de América, hace pensar en que los mueve un anhelo de cambio, cierto cansancio por una tradición burguesa simétrica y estable, sin otro azar que las mundiales guerras periódicas. En la Universidad de San Marcos, Perrin conoce a una joven peruana, estudiante de filología, llamada Teresa Gutiérrez. No se enciende un idilio, como pudiera esperarse. El hombre y la mujer entablan amistad en el más riguroso sentido de la palabra. Ella se siente un poco desarraigada en su patria, sometida aún a muchas exigencias coloniales y quiere levantar el velo de las prohibiciones con una proeza que le sirva para observar, en el terreno inclemente, los problemas que sólo ha visto aflorar en las páginas monótonas de un libro. Perrin no experimenta ningún entusiasmo por llevar a su improvisada compañera; está acostumbrado a la soledad y sabe que si el aislamiento muelle sirve para mirar mejor y ordenar las ideas, sin otro afán que salir de tarde en tarde en busca de una relación humana, la soledad de un explorador afina los sentidos, encoge el cuerpo, valoriza cada uno de los nervios y que no es fácil compartir todo ese tesoro. No obstante, la muchacha pe-

ruana está decidida y vence a la tozuda voluntad europea. Ella le asegura que sabe nadar, que no teme ni a los ríos vertiginosos ni a la selva y el viaje se decide ayuno de subvención, en medio de la atmósfera suave que debe de envolver a los orates y a los condenados a muerte.

Perrin es un diestro en alpinismo y no se espanta por las proezas arriesgadas; sabe economizar hasta el último tramo de la aventura, la razón, sin asombrarse por los triunfos, ni espantarse por los riesgos; está informado de que en la selva son más peligrosos los animales pequeños que los grandes y que las hormigas son capaces de dar cuenta de un hombre inadvertido, con más rapidez que los leones y los tigres. Teresa Gutiérrez actúa movida por una admiración silenciosa hacia el hombre y por un entusiasmo creciente hacia la hazaña. La prosa de Perrin revela un autor cultísimo que no anhela jactarse de sus conocimientos, más bien pretende asimilarlos al suceso dinámico de su acción. Es un hecho admirable descubrir que la educación esmerada y la cultura pueden lanzarse, en un momento, por el cauce vertiginoso de un río, sin otro ánimo que afrontar la muerte, con cierta inequívoca esperanza de que habrá de salirse airoso. En este sentido, Michel Perrin está a muchas leguas del pedante libresco que vive entre citas incubadas en su venenosa limitación.

Pero en esta aventura al Alto Amazonas, los pasos de la pareja exploradora no siguen un buen curso; no en balde se trata de ríos inabordables y de selvas vírgenes donde a trazos, apenas se abrió camino el machete del hombre. La expedición mantiene su titubeo, la inevitable búsqueda de acomodación, hasta que los hombres y las cargas encuentran su paso más o menos elástico, y arriban, gracias a una casualidad que los salva, a la hacienda de un tal Carrillo. Teresa advierte que se trata de un personaje de muy buena familia peruana y que bien pueden asilarse bajo su techo. Carrillo es un mozo apuesto, cuyo destierro en plena selva virgen, no resulta fácilmente explicable. El autor tampoco se encarga de averiguarlo. El caso es que Perrin y Teresa pasan algún tiempo en casa del extraño sujeto y el día antes de partir, la dama permanece nueve horas entregada a la tutela del

amo, pues el explorador ha partido a efectuar reconocimientos. Desde entonces —a pesar de la sobriedad del autor— queda planeada la tragedia. Carrillo ha dado informes falsos acerca de la navegabilidad del río y los huéspedes emprenden la marcha. Perrin descubre cierto vago malestar en su compañera, pero no se atreve a indagar por las causas; no tiene ningún derecho, acaso se trate de una salvaje irrespetuosidad de Carrillo. A poco de haber partido, la balsa en que navegan se vuelca y Teresa Gutiérrez, la valiente compañera de viajes, desaparece en el fragor del torrente.

Nos hemos dejado llevar por la acción folletinesca de esta obra y hemos narrado su trama; sin embargo, el interés para el futuro lector no está perdido. Aparte de los hechos circunstanciales, está la pasión del aventurero, la sublimación de su ímpetu que lo hace situar en la sombra todo aspecto erótico, como si en el plano de la aventura, como en el del arte, el sexo careciera de vigencia. Además, desde el instante en que la muchacha desaparece, Perrin se convierte en un alucinado, en un autómatas que sólo obedece a una idea fija sin reparar en incomprendimientos y dificultades.

La muerte de la muchacha ha puesto en actividad a su padre, un antiguo jefe de policía; la Embajada de Francia no ayuda a su connacional en apuros, el héroe carece de dinero, está enfermo, ha bajado 20 kilos de peso. Pero al fin algunas puertas se abren y logra iniciar una expedición, de hálito desesperado, que luego de hacer desertar a todos sus integrantes, menos a Perrin, permite que el cadáver de Teresa Gutiérrez sea ubicado. El rostro de la heroica aventurera está comido por las aves de rapiña y sólo es reconocible por su grácil pantalón rojo.

Los psicólogos podrán averiguar, con la lectura de este libro, los móviles que determinaron a Perrin a llevar a la muchacha y hasta dónde son verdad sus hábiles y vehementes justificaciones; los aficionados a las obras de aventuras, disfrutarán con una proeza apasionante, los estetas descubrirán a un escritor culto y dueño de su oficio, que posee además la virtud de carecer de énfasis. La traducción bastante ajustada es debida al poeta chileno Jacobo Danke.